

Chateaubriand

Memorias de ultratumba

Selección y prólogo de Arturo Ramoneda



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Título original: *Mémoires d'outre-tombe*
Traductor: J. Zamacois

Primera edición: 2003
Segunda edición: 2018

Diseño de colección: Estudio de Manuel Estrada con la colaboración de Roberto Turégano y Lynda Bozarth
Diseño de cubierta: Manuel Estrada
Fotografía de Fernando Madariaga

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© de la selección y el prólogo: Arturo Ramoneda Salas, 2003
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2003, 2018
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-9181-108-4
Depósito legal: M. 5.685-2018
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

- 15 Prólogo. La obra literaria y política de Chateaubriand
- 59 Cronología
- 75 Bibliografía

Memorias de ultratumba

- 81 Introducción
- 85 Antecedentes familiares
- 90 Nacimiento de mis hermanos. – Mi venida al mundo. – Plancouët. – Voto. – Combourg. – Plan de mi padre para mi educación. – La Villeneuve. – Lucila. – Las señoritas Couppart. – Principios de mal estudiante
- 97 Vida de mi abuela materna y de su hermana en Plancouët. – Mi tío, el conde De Bedée, en Monchoix. – Relajación del voto de mi nodriza. – Cambios en mi educación. – La primavera en Bretaña
- 112 Salida para Combourg. – Colegio de Dol. – Matemáticas y lenguas. – Rasgos de mi memoria. – Vacaciones en Combourg
- 116 Regimiento de Conti. – Campamento de Saint-Malo. – Una abadía. – Teatro. – Casamiento de mis dos hermanas mayores. – Regreso al colegio

- 123 Juegos. – El abad de Chateaubriand. – Primera comunión. – Mi salida del colegio de Dol. – Misión en Combourg. – Colegio de Rennes. – Casamiento de mi tercera hermana. – Me envían a Brest para sufrir el examen de guardia marina. – Mi regreso a Combourg
- 136 Colegio de Dinan. – Broussais. – Vuelvo a casa de mis padres. – Vida en Combourg. – Distribución del día y de la noche
- 144 Mi torreón. – Tránsito del estado de niño al de hombre. – Lucila. – Primer soplo de la musa. – Revelación sobre el misterio de mi vida
- 151 Fantasma de amor. – Dos años de delirio. – Ocupaciones y quimeras. – Mis diversiones en el otoño. – Encantamiento
- 155 Enfermedad. – Temo y rehúso abrazar el estado eclesiástico. – Proyecto de viaje a las Indias. – Vuelvo a ser llamado a Combourg. – Última entrevista con mi padre. – Entro en el servicio. – Adiós a Combourg
- 161 Mi hermano. – Mi primo Moreau. – Mi hermana la condesa de Farcy. – Pommereul. – Madame de Chastenay
- 168 Cambrai. – El regimiento de Navarra. – La Martinière. – Muerte de mi padre. – ¿Hubiera llegado yo a obtener su aprecio? – Regreso a Bretaña. – Mi hermano me llama a París
- 173 Mi vida solitaria en París. – Presentación en Versalles. – Cacería con el rey

- 182 Mi madre retirada en Saint-Malo. – La primera tonsura. – Cercanías de Saint-Malo. – El aparecido. – La enfermedad. – Estados de Bretaña en 1789. – Insurrección. – Muerte de Saint-Riveul, mi compañero de colegio
- 191 Año de 1789. – Viaje de Bretaña a París. – Aspecto de París. – Versalles. – Regocijo de la familia real. – Insurrección general. – Toma de la Bastilla. – Foulon. – Sesión del 4 de agosto de 1789. – Jornada del 5 de octubre. – Conducción del rey a París
- 202 Asamblea Constituyente. – Mirabeau. – Una sesión de la Asamblea Nacional. – Robespierre. – Aspecto de París. – Mis días solitarios. – La señorita de Monet. – Arreglo con Malesherbes mi viaje a América. – Bonaparte y yo, subtenientes desconocidos. – El marqués de la Rouërie. – Me embarco en Saint-Malo. – Últimos pensamientos al dejar mi país natal
- 220 Mi viaje a América
- 239 Peligros para los Estados Unidos. – Desigualdades económicas, sociales y políticas
- 243 Regreso a Saint-Malo. – Progreso de la Revolución. – Mi casamiento. – París. – Antiguos y nuevos conocimientos. – Cambio de fisonomía de París. – Club de los franciscanos. – Marat. – Ojeada retrospectiva. – Asamblea Legislativa. – Clubes
- 254 Los franciscanos. – Oradores. – Marat y sus amigos. – Danton. – Camille Desmoulins. – Fabre

- d'Eglantine. – Opinión del señor de Malesherbes sobre la emigración
- 261 Emigro con mi hermano. – Bruselas. – Ejército de los príncipes. – Atala. – Vida de soldado. – Thionville. – Batalla de Bouvines
- 275 Noche en los pabellones de armas. – Perro holandés. – Recuerdo de los mártires. – Mi compañía en las avanzadas. – Combate. – Ataque de Thionville. – Levantamiento del sitio. – Entrada en Verdún. – Enfermedad prusiana. – Retirada. – Viruela
- 279 Las Ardenas. – Furgones del príncipe de Ligne. – Mujeres de Namur. – Encuentro en Bruselas a mi hermano. – Ostende. – Pasaje a Jersey. – Desembarco en Guernesey. – La mujer del piloto. – Jersey. – Mi tío De Bedée y su familia. – Descripción de la isla. – Parientes y amigos perdidos. – Paso a Inglaterra. – Último encuentro con Gesril
- 288 Literary fund. – Desván de Holborn. – Visita a los médicos. – Emigrados en Londres. – Ocupaciones literarias. – Hingant. – Nuestros paseos. – Miseria. – Socorro imprevisto. – Alojamiento junto a un cementerio. – Nuevos compañeros de infortunio
- 296 Fiesta suntuosa. – Fin de mis cuarenta escudos. – Nueva miseria. – Comida en London-Tavern. – Manuscrito de Camden. – Mis ocupaciones en provincia. – Muerte de mi hermano. – Desgracias de mi familia. – Carlota. – Vuelta a Londres. – Defecto de mi carácter. – El ensayo histórico sobre las Revoluciones

- 314 Muerte de mi madre. – Vuelta a la religión. – «El genio del cristianismo»
- 317 Fin de mi carrera de soldado y viajero. – Desembarco en Calais. – Llegada a París
- 322 Año de 1800. – Mi vida en París
- 325 Año de mi vida en 1801. – «Atala». «El genio del cristianismo»
- 335 Entrevista con Bonaparte
- 340 Roma. – Mis ocupaciones
- 346 República del Valais. – Visita al palacio de las Tullerías. – Muerte del duque d'Enghien
- 354 Consecuencias de la muerte del duque d'Enghien
- 356 Carta de mi hermana (sin fecha). – Muerte de mi hermana. – Vuelvo a París. – Salgo para Oriente. – Desde Túnez hasta mi vuelta a Francia por España
- 370 Artículo de «El Mercurio» en junio de 1807. – «Los mártires»
- 375 Muerte de Chénier. – Soy elegido para la Academia. – Fin de mi carrera literaria
- 379 Entrada de los aliados en París. – Bonaparte en Fontainebleau. – La regencia en Blois. – Publicación de mi folleto «De Bonaparte y de los Borbones»
- 389 Luis XVIII en Compiègne. – Su entrada en París
- 393 Los Cien Días en París. – Nuestra vida en Gante. – La batalla de Waterloo

- 408 Juicio sobre Bonaparte. – Su carácter
- 420 Cambio del mundo. – Mi vida en 1815 y 1816. – Soy nombrado Par de Francia. – Mi primera aparición en la tribuna. – «La monarquía con arreglo a la Carta». – Luis XVIII. – El señor Decazes
- 424 Se me borra de la lista de los ministros de Estado. – Vendo mis libros y mi heredad
- 428 Año de 1821. – Soy nombrado embajador en Berlín. – Bautizo del duque de Burdeos. – Mi embajada en Londres
- 439 Libertad del rey de España. – Mi destitución. – La oposición me sigue. – Últimos billetes diplomáticos. – Neuchâtel. – Muerte de Luis XVIII. – Coronación de Carlos X. – Mi embajada en Roma. – La señora Récamier
- 457 Embajada de Roma. – León XII y los cardenales. – Costumbres actuales de la ciudad. – Mis relaciones con la familia Bonaparte. – Paseos
- 467 Regreso de Roma a París. – Mis proyectos. – El rey y sus disposiciones. – El señor de Portalis. – Partida para Roma. – Los Pirineos. – Aventura. – Ministerio de Polignac. – Mi consternación. – Presento la dimisión de mi embajada de Roma
- 472 Apertura de la legislatura de 1830. – Contestación al discurso de la corona. – La Cámara es disuelta. – Nueva Cámara. – Mi partida para Dieppe. – Ordenanzas de 25 de julio. – Mi vuelta a París. – La revolución de julio

- 480 Correrías por París. – El pueblo me hace ir a la Cámara. – Reunión de los Pares. – El señor duque de Orleans
- 496 Fuga del rey. – Entrevista con la duquesa y con el duque de Orleans
- 516 7 de agosto. – Sesión en la Cámara de los Pares. – Mi discurso. – Salgo del palacio del Luxemburgo para no entrar más en él. – Mis dimisiones
- 529 El cólera. – La romántica aventura de la duquesa de Berry
- 548 Palacio de los reyes de Bohemia. – Conversación con el rey. – Enrique V. – Visitas. – La Delfina
- 574 Llegada de la duquesa de Berry. – El conde Lucchesi-Palli. – Nueva visita a Praga
- 581 Conclusión. – El antiguo orden europeo expira. – Desigualdad de las fortunas. – Degeneración de la sociedad y progreso del individuo

Prólogo
La obra literaria y política
de Chateaubriand

Repercusiones de la Revolución francesa y del viaje a América. – «Ensayo sobre las Revoluciones». – «Atala». – «René». – «Los Natchez»

Se ha afirmado con frecuencia que la inquietud, el malestar y la desesperanza que se observan en la literatura de comienzos del siglo XIX tuvieron su origen en la Revolución francesa y en las guerras napoleónicas. En *La confesión de un hijo del siglo*, Alfred de Musset escribe: «La enfermedad toda del presente siglo proviene de dos causas: el pueblo que ha pasado por 1793 y por 1815 lleva dos heridas en el corazón. Todo cuanto existía ya no existe, lo que existirá no ha llegado aún. No busquéis en otra parte el secreto de nuestros males»¹.

Sin embargo, los gérmenes de la Revolución y los de la melancolía y el pesimismo decimonónicos hay que buscar-

1. Madrid, Alfaguara, 1987, p. 25.

los en la agitación espiritual que fermentaba en la sociedad de la segunda mitad del siglo XVIII. La revisión de todos los valores, morales, políticos y sociales, la actitud crítica y analítica, la adopción de la duda como método filosófico, el triunfo del individualismo y el entronizamiento del yo como causa, fin y objeto de cuanto existe, que se imponen en esa época, minaron los cimientos en los que se asentaba la paz interior del hombre y provocaron una crisis profunda y duradera. Obras como *La nueva Eloísa*, de Rousseau, y *Las desventuras del joven Werther*, de Goethe, anuncian una nueva forma de sentir y de pensar que desembocará en el Romanticismo.

En el caso de Chateaubriand, al que le toca asistir a esta etapa crucial en la que se derrumba un mundo que parecía consolidado para dar paso a otro en continuas transformaciones, sí fue la Revolución el acontecimiento que marcó sus primeros años, su visión del mundo y gran parte de sus actuaciones públicas y de sus obras literarias y políticas.

El odio y el resentimiento que se desencadenan en él tras la toma de la Bastilla, de la que fue testigo, unidos a su amor por la aventura, a unos proyectos vagamente científicos y al deseo de conocer la psicología del hombre natural, no contaminado por la civilización, lo impulsan, en 1791, a emigrar a América. Esta estancia en el Nuevo Continente aviva sus impulsos viajeros, que no lo abandonarán nunca.

En Londres, donde se establece después de la caída de la monarquía, escribe parte del largo poema épico en prosa *Los Natchez y Ensayo histórico, político y moral sobre las Revoluciones antiguas y modernas, consideradas en sus relaciones con la Revolución francesa* (1797), en donde, con el apoyo de sus lecturas de los historiadores clásicos y modernos, intenta esclarecer los acontecimientos recientes a la luz de

las diferentes transformaciones violentas que se habían sucedido a lo largo del tiempo.

En 1798 y 1799 mueren, respectivamente, su madre y una de sus hermanas, Julie. Esto lo lleva a revivir su piedad infantil y a reafirmarse en unas creencias religiosas que se habían ido entibiando. También, fiel a los principios de la aristocracia, va consolidándose en él, bajo la influencia de Louis M. de Fontanes, con el que ha intimado en Londres, la idea de que en la tradición, representada por el trono y la religión, están el orden y la paz para la humanidad. Su exacerbado patriotismo y su deseo de que Francia recupere los esplendores pasados y su papel hegemónico, tanto político como cultural, en Europa, lo llevan a aproximarse a Napoleón, al que dedicará la segunda edición del *Genio del cristianismo*.

En el plano político, Chateaubriand se sitúa en la línea de otros contrarrevolucionarios, como Louis de Bonald y Joseph de Maistre, que denuncian el espíritu filosófico que condujo a la revolución y defienden el orden antiguo y el origen divino de la sociedad, en oposición a la tradición liberal y anticlerical representada por Paul-Louis Courier o por algunas obras en las que Kant se refiere, como puede verse sobre todo en la última que publicó, *El conflicto de las Facultades* (1798), a los cambios operados en Francia. Poco antes, en Inglaterra, Edmund Burke, en *Reflexiones sobre la Revolución en Francia* (1789-1790), había postulado, frente al pensamiento ilustrado, una vuelta al antiguo régimen y había advertido del peligro que suponía el afrancesamiento que comenzaba a extenderse por Europa y el mundo colonial.

En las obras que siguen, lo mismo en las pretendidamente objetivas que en las de corte autobiográfico, Chateau-

briand hará que confluyan su propia vida, la historia, la ficción, la reflexión y el lirismo. La proyección constante en lo que escribe hace que todo se tiña de subjetivismo y que la realidad se presente más como él la soñó o como le hubiera gustado que fuera que en sus rasgos propios. Como Montaigne, Descartes y Rousseau, todo se analiza desde la perspectiva del «yo» («ser Chateaubriand o nada», dirá Victor Hugo en su juventud). En el *Ensayo histórico* ya precisaba: «En sus páginas se descubre sin cesar a un desdichado que habla consigo mismo, cuyo espíritu vaga de tema en tema y de recuerdo en recuerdo; que no pretende escribir un libro, sino una especie de diario íntimo de sus excursiones mentales y de sus sentimientos e ideas. Todos los autores que, perseguidos por los hombres, han pasado la vida aislados, hablan mucho de ellos mismos, porque los solitarios viven de su corazón». La conciencia, siempre arraigada en él, de la acción destructora del tiempo, el malestar respecto a la época en que le tocó vivir («el hombre va siempre de dolor en dolor», sentencia en el epílogo de *Atala*), la constatación de la inestabilidad de todo lo humano, la búsqueda de un ideal femenino que correspondiera a la imagen que se forjó de la mujer en sus primeras ensoñaciones de la adolescencia, tal como se revela en las *Memorias de ultratumba*, y la analogía entre el yo y el cosmos, lo llevan a una exaltación de su individualidad, a la defensa de unos ideales, aunque parezcan inalcanzables, a la valoración de paisajes exóticos y al refugio en épocas pretéritas, fijadas ya en la historia para la eternidad.

En su concepción trascendente de la vida, que plasmará en muchas de sus obras, tuvo un papel destacado el mencionado viaje a América. La contemplación de las maravillas del mundo animal y vegetal, de la inmensidad del mar y

de la belleza de una noche de lluvia en un bosque cercano a las cataratas del Niágara puede, según él, conducir al ser humano a establecer una armonía sublime con el Universo.

Esta aventura poco tiene que ver con los viajes realizados por personajes de Voltaire, Defoe y otros autores del siglo XVIII ni con los objetivos puramente materialistas de los primeros exploradores y colonizadores de esa parte del globo. La visión racionalista de las cosas de Cándido y del Ingenuo volterianos y la obsesión por sobrevivir de Robinson Crusoe dejan paso a una visión estética y religiosa de la naturaleza: «¿Quién podrá plasmar el sentimiento que lo embarga a uno cuando entra en bosques viejos como el mundo, únicos que dan idea de la creación tal como salió de las manos de Dios?», se pregunta. Unos años antes, en 1784, Bernardin de Saint-Pierre ya le daba la respuesta en *Estudios sobre la naturaleza*: «La bondad de la naturaleza es tal, que ofrece a nuestro goce todos sus fenómenos. Siento, por ejemplo, placer cuando llueve a cántaros, cuando veo los viejos muros cargados de musgo chorreando agua y cuando oigo los murmullos de los vientos que se mezclan al temblor de la lluvia. Esos ruidos melancólicos me sumen, por la noche, en un dulce y profundo sueño».

Su paso por América se refleja en un relato que publica en 1801, *Atala*, en el que se funden las descripciones de la naturaleza y las turbaciones amorosas de dos adolescentes. En él, un viejo indio, Chactas, nueva encarnación del «buen salvaje» dieciochesco, expone a René, joven francés que se ha desterrado a tierras americanas tras una vida dolorosa, un episodio sentimental de su juventud. Hecho prisionero y condenado a muerte, puede escapar gracias a la ayuda de una joven cristiana, Atala, con la que vive en la selva una casta relación amorosa. Tras ser recogidos por un misione-

ro, el padre Aubry, la muchacha, incapaz de retractarse de la promesa hecha a su madre moribunda de mantenerse virgen y de hacerse religiosa, se envenena. El descorazonado amante, con la ayuda del misionero, la entierra.

Aunque no han faltado quienes han visto en esta historia un ejemplo del carácter inhumano de la religión católica, el misionero deja claro que a los responsables de esa situación hay que buscarlos en otra parte:

Hija mía –le dice a Atala moribunda–, todos tus males provienen de tu ignorancia; es tu educación salvaje y la falta de instrucción lo que te ha perdido; tú no sabías que una cristiana siempre puede disponer de su propia vida. Consuélate, querida mía, ya que Dios te ha de perdonar por la simpleza de tu corazón. Tu madre y el imprudente misionero son más culpables que tú, pues abusaron de su influencia al arrancarte un voto desproporcionado; pero que la paz del Señor sea también con ellos. Entre los tres ofrecéis un terrible ejemplo de los peligros del fanatismo y de la ignorancia religiosa.

A pesar de que la emotividad de *Atala* procede de la narrativa sentimental del siglo XVIII, Chateaubriand, movido por una voluntad clásica de simetría y equilibrio, se propuso imitar las «formas más antiguas» ordenando las peripecias de Atala y Chactas del mismo modo que, «en los primeros siglos, en Grecia, los rapsodas cantaban, bajo diversos títulos, fragmentos de la *Ilíada* y de la *Odisea*».

Chateaubriand, que en su periplo por tierras americanas no había llegado hasta Luisiana, donde se desarrolla la acción de esta obra, tuvo que recurrir, para ambientarla, a relatos y documentos de misioneros, exploradores, naturalistas y escritores que, durante los siglos XVII y XVIII, de-

jaron constancia de aquellos lugares. Además, conocía, sin duda, otras obras de parecidas características, como *Los incas* (1778), de J. F. Marmontel, y, sobre todo, *Pablo y Virginia*, de Bernardin de Saint-Pierre, publicada en 1788. Más semejanzas muestra *Atala* con una novela corta, *Odérabi*, de autor anónimo, incluida en uno de los tres volúmenes de las *Veladas americanas* (1796). En la misma línea puede citarse otra novelita francesa, *Azakia et Célario*, que durante un tiempo se atribuyó a Chateaubriand. Hoy está demostrado que se había editado en 1765, antes de que éste naciera.

El éxito alcanzado por Chateaubriand con este relato se reprodujo con otro, *René*, publicado de forma independiente en 1805, aunque formaba parte del *Genio del cristianismo*.

Aquí, René, que en *Atala* tenía un papel secundario, será el que cuente su vida al anciano Chactas, su padre adoptivo, y al padre Souël, misionero del fuerte Rosalie. Los rasgos de su carácter sintetizan ya el *mal du siècle*:

Era mi temperamento impetuoso, de carácter desigual. Tan pronto alegre y dicharachero como triste y reservado, me hacía acompañar de jóvenes compañeros, a los que abandonaba súbitamente para ir a sentarme solo con el fin de contemplar alguna nube fugitiva o escuchar el sonido de la lluvia sobre la copa de los árboles. [...] Acusado de alma romántica, avergonzado del papel que tenía que interpretar, hastiado cada vez más de las cosas y de los hombres, decidí retirarme a una pequeña aldea donde pudiera vivir totalmente ignorado. [...] ¡Tan sólo busco un bien desconocido, cuyo instinto me persigue! ¿Acaso es culpa mía si sólo encuentro limitaciones por doquier, y si aquello que ya está acabado no cobra ningún valor para mí?

Sin embargo, la huida definitiva a tierras americanas está provocada por el descubrimiento de la pasión incestuosa que por él siente su hermana Amélie, lo que la lleva a ingresar en un convento, donde morirá, «víctima de su celo y de su caridad, al cuidado de unas hermanas que habían contraído una enfermedad contagiosa». El tormentoso mundo de René, que siempre se complace de forma morbosa en sus sufrimientos, encuentra en la naturaleza el marco ideal.

La novelita sirve como ejemplo de los efectos perniciosos a que pueden conducir el individualismo, las pasiones y la melancolía. El padre Souël es el encargado, frente a la actitud comprensiva de Chactas, de señalar, con moralidad poco romántica, que el deseo de ser útil a los demás debe anteponerse a la contemplación de uno mismo:

Nada de esta historia merece nuestra piedad. Veo en ti a un hombre obcecado en sus quimeras, al que todo le disgusta y que evita los deberes sociales para ocuparse de sus vanas fantasías. Nadie, señor mío, puede considerarse un hombre superior por percibir el mundo desde el odio y el desprecio. Si se aborrece a los hombres y a la vida, ello se debe a que uno es incapaz de ver lo que hay más allá de las cosas. [...] Joven presuntuoso, crees que el hombre puede bastarse a sí mismo. La soledad es mala para aquel que no la emplea en estar con Dios, pues redobla las fuerzas del alma y al mismo tiempo le roba todo objeto con el que ejercitarse. Quienquiera que haya recibido fuerzas, debe consagrarlas al servicio de sus semejantes; y si no las emplea de este modo, será castigado con una desgracia secreta, y tarde o temprano, el cielo le enviará un horrible castigo.

Estas palabras recriminatorias sólo provocan una calma aparente en René. Éste regresa junto a su esposa, con la

que, al llegar a la tribu de los Natchez, se vio obligado a casarse para adaptarse a las costumbres de los indígenas, y de la que ha vivido separado, pero no encuentra la felicidad. Poco tiempo después perece junto a Chactas y al padre Souël en la matanza de franceses y de Natchez que tuvo lugar en la Luisiana. El intento de unir novela e historia se resume en la última frase: «Todavía hoy se muestra a los caminantes la roca en que solía sentarse al ponerse el sol».

El atormentado René, que se convertirá en modelo de muchos jóvenes románticos (Lamartine, Byron, Leopardi y Pushkin se interesarán por él), se alinea con el abultado número de diseccionadores de almas que, durante los siglos XVIII y XIX, exhiben su yo hasta en sus más ignoradas reconditeces y que, aquejados de diversos males y dolencias y escépticos ante la posibilidad de que la razón pudiera constituir una panacea para dominar el mundo, no encuentran un equilibrio entre la teoría y la práctica y consideran que la vida es una especie de historia universal del dolor. Todos tienen en común el descontento, el desequilibrio de facultades, la inadaptación, el hastío, la falta de ideales, la parálisis de la voluntad, el disgusto de la vida, la abulia y el egotismo. Hipocondríacos, misántropos, de melancolía humana, devorados sólo por una inquietud moral, puesto que, en general, tienen al alcance de la mano los goces materiales que la existencia ofrece, proyectan su yo doloroso sobre los lugares, ambientes y fenómenos ordinarios de la vida, persiguen quimeras y buscan inútilmente la dicha y la paz. La lista, que fácilmente podría ampliarse, se inicia con Saint Preux, Werther y Fausto y prosigue con Jacopo Ortis, Daniele Cortis, Adolfo, Manfredo, Childe Harold, Chatterton, Antony, Lélia, Jocelyn, Rubempré, Rastignac y Rolla. Quizá el más cercano a René sea Obermann, el protagonista de

una novela de Étienne Pivert de Sénancour publicada en 1804, quien, tras un matrimonio desgraciado, busca inútilmente en la soledad de los Alpes y en otros lugares de Francia la paz y el sosiego. Sus congojas y sufrimientos no le dan tregua: «La vida real del hombre está en sí mismo, y lo que recibe del exterior sólo es accidental y subordinado». Menéndez Pelayo establece así las diferencias entre Sénancour y Chateaubriand: «Sénancour, el solitario y misantrópico autor de las *Rêveries* y de *Obermann*, es un hijo de Rousseau y hermano de René, aunque con variantes notables y fisonomía propia; pesimista glacial, pero resignado, con cierta nobleza estoica, mezcla rara de ateo y de teósofo, es, sobre todo, admirable paisajista. Si en la melancolía de Chateaubriand hay un fondo epicúreo, en la de Sénancour hay un fondo budista»².

Estas dos obritas, *Atala* y *René*, forman un tríptico con otro relato más extenso, *Los Natchez*, escrito por Chateaubriand en su juventud, pero inédito hasta 1826, cuando ya los dos personajes más importantes que en él figuran (*Atala* y *René*) eran de sobra conocidos.

El autor, deseoso de describir «la epopeya del hombre en la Naturaleza» y de presentar un Nuevo Mundo iluminado por la luz del cristianismo gracias a la labor de los misioneros, parte de un hecho histórico: el exterminio, hecho por los franceses en 1727 en Luisiana, de una tribu india rebelde, los Natchez.

René, recién llegado a ella, es recogido por un viejo indio, Chactas, que en sus años mozos había visitado Francia. Entre sus recuerdos, éste entreteje el amor por una muchacha,

2. *Historia de las ideas estéticas en España*, II, Madrid, CSIC, 1994, pp. 715-716.

muerta en dolorosas circunstancias (*Atala*). René encuentra una momentánea paz en la contemplación de la naturaleza y en el amor de Céluta, nieta de Chactas, de la que tiene una hija, llamada Amélie, como su hermana. Pero el hastío vital y la angustia no le dan tregua. Al final, será asesinado a traición por un jefe indio, rival suyo, que ultraja a Céluta:

René vuelve la cabeza y el hacha lanzada lo alcanza y se hunde en su frente como la segur en la rama más alta de un roble, como el hierro que mutila una antigua estatua, imagen de Dios y obra maestra del arte. Cuando René cae sobre el suelo de su cabaña, ya está muerto.

Ondouré aparta a sus cómplices; está solo frente a Céluta desmayada, tendida en la sangre junto al cuerpo de René. Ondouré ríe con una risa indecible. A la luz de las antorchas, recorre con sus miradas a las dos víctimas. De vez en cuando pisotea el cadáver de su rival y lo atraviesa a puñaladas. Luego, medio desnuda a Céluta y la admira.

El jefe indio será asesinado por un hermano de Céluta, vengador así del doble crimen. El exterminio de los Natchez en una batalla cierra la obra y da a la evocación de esa infeliz tribu el sello de una epopeya.

Del destino de los supervivientes de esta matanza, errantes por tierras del Niágara en busca de una patria, se nos informa en el epílogo de *Atala*. Entre ellos va una desconsolada hija de René y de Céluta, que acaba de ver morir a su hijo.

El impacto del Nuevo Continente se refleja también en otra obra de Chateaubriand, *Viaje a América*, que publica en 1827. Formada por materiales escritos, sin plan ni método, en diversos momentos (el *Mercure de France* ya había